

LAS RAÍCES DE LA CIVILIZACIÓN

Alain de Benoist

La gran revolución cultural tuvo sus comienzos hace 35.000 años, si no más. "Parece ser –escribe el profesor Marshack– que en una época tan lejana como 30.000 años antes de nuestra era, durante el periodo glaciario, los cazadores-recolectores de la Europa occidental hacían uso de un sistema de notación cronológica tan elaborado y complejo que ya requería de una tradición que quizás se remontase a millares de años más en el pasado. Este sistema de notación procede de una técnica cognitiva, cronofactorizada y cronofactorizante".

Se trata, sin duda, de uno de los más importantes descubrimientos en materia prehistórica.

Todo comenzó a principios del decenio de 1960. Alexander Marshack, director de investigaciones del Museo Peabody de Etnología y Arqueología de la universidad de Harvard, se interrogaba sobre el problema de los "orígenes". Buscaba un método capaz de determinar la naturaleza de los procesos mentales del hombre de la más lejana antigüedad.

"En los límites de la evolución de la especie –observa– el cerebro permaneció constante durante cien o doscientos millares de años". No hablamos pues de un "progreso humano", sino de una transformación continua del mundo por un hombre que permaneció siendo el mismo desde los tiempos más inmemoriales. Si el fenómeno humano forma un todo, la "cultura" es tan vieja como el mismo hombre.

"Sostengo la hipótesis –prosigue Marshack– de que el hombre antehistórico, el hombre del periodo glaciario, no difiere en gran medida del hombre contemporáneo. Difieren las ideas y las relaciones inculcadas en su cerebro, pero no la manera de funcionar del mismo, ni sus aptitudes, ni sus capacidades, ni su inteligencia".

En otros términos, el Homo Sapiens es mucho más que un simple "fabricante de útiles", solamente capaz de reconocer y emplear las formas. Desde sus orígenes, tiene conciencia de las nociones de "sucesión", del símbolo y del tiempo. El autor califica esta conciencia con un término: sus actividades son "cronofactorizadas" (time-factored).

La hipótesis, antes de ser aventurada, está bien fundamentada. Alexander Marshack no parte de un pensamiento predeterminado, sino de profundas reflexiones sobre los grabados prehistóricos.

Las "fases" lunares

Hasta entonces, los prehistoriadores, los descubridores de los signos grabados en las cuevas y los refugios rocosos, se habían contentado con hablar de "motivos decorativos" o de "marcas de caza". Criticaban con suma dureza cualquier interpretación que osase aventurarse más allá del simplismo naturalista.

Entre 1965 y 1970 el profesor Marshack estudió más de un millar de objetos prehistóricos procedentes de nueve países diferentes de Europa, y los sometió a un análisis minucioso: fotografías, vaciados, calcos, exámenes al microscopio. Los

resultados superaron sus esperanzas: existía una constante repetitiva en las marcas de los diferentes objetos, un "código de escritura", una constante gráfica.

En la mayor parte de los objetos (cuernos de reno, omoplatos de diferentes mamíferos, útiles líticos, etc.), las marcas, los puntos y las estrías se disponían en líneas o en grupos que fueron grabados "en momentos diferentes, en ángulos diferentes y con marcas diferentes, sobre los cuales se habían ejercido presiones diferentes". Ciertos signos revelaban la marca de un solo golpe; otros, de golpes repetidos. Las técnicas también varían: simples golpes de punzón, trazos largos y poco profundos, trazos profundos y poco largos, marcas que envuelven el objeto a su alrededor, etc. Es difícil hablar de coincidencias: se constata una intención precisa, sí. Pero ¿cuál?

"Estas marcas –indica Marshack– no fueron hechas en el mismo momento ni por la misma persona, pero tienen un mismo ritmo, revelan un mismo pensamiento y una misma utilidad que se extienden en el tiempo. Pertenecen a una "tradición". Son "cronofactorizadas".

Prosiguiendo sus trabajos, Marshack percibió que las marcas no estaban dispuestas al azar. Generalmente, están agrupadas en números múltiples de veintinueve o de treinta, que inmediatamente traen a la mente una relación con los meses del ciclo lunar (la más evidente y fácil de observar en la naturaleza). Más aún: en el interior de una misma "secuencia", los "subgrupos" de signos gravados corresponden exactamente a las diferentes fases de la Luna. Las explicaciones de Marshack revelan "un año, un ciclo lunar completo perfecto en sus subdivisiones".

En su libro, abundantemente ilustrado, Marshack ofrece innumerables ejemplos de estos "ciclos" y presenta no menos esquemas verificados por ordenador. Se extiende particularmente en dos piezas características: el denominado "bastón de La Marche" (un cuerno de reno decorado), con sus correspondientes doscientas veintiuna marcas que corresponden a siete meses lunares, y el llamado "hueso de Blanchard" (un omóplato de oso cavernario), cuya cara principal ofrece una doble línea de sesenta y nueve marcas dobles en forma de punta que cambian su dirección (hacia arriba o hacia abajo) veinticuatro veces.

Los grandes cazadores

El hombre prehistórico dispone, pues, de "un sistema mnemotécnico visual de eras lunares", un sistema de notación común a todo el paleolítico superior europeo y una técnica al menos tan compleja como otros sistemas históricamente testados, en muchos aspectos similar al de los indios de Norteamérica, particularmente.

En la segunda parte de su libro, el profesor Marshack relaciona este sistema de notación con las grandes pinturas rupestres, más especialmente con las representaciones de animales, las siluetas de figuras femeninas y los símbolos púlicos característicos del aureñaciense. El examen microscópico reveló que estas figuras fueron igualmente compuestas en periodos diferentes, es decir también estaban "cronofactorizadas", lo que permite situarlas en un contexto "dramático-narrativo" ritual.

Comentando estos descubrimientos, Henri de Saint-Blanquat escribió en la revista *Sciences et avenir*: "Las representaciones animales, a su manera, aportan un testimonio. Uno de los caballos visibles en el bastón de La Marche aparece con tres orejas y tres ojos, dos crines y dos líneas de dorso. Las tres orejas fueron grabadas con tres punzones diferentes, uno para cada una, al igual que los tres ojos y las dos

crines. Todo parece indicar que el caballo fue "empleado" varias veces, y cada "empleo" corresponde a una añadidura de órganos grabados".

"Supongamos –puntualiza Marshack– que un primer mes relata la historia de un héroe lunar que se hace devorar por un espíritu totémico. Esta historia podría pertenecer a una época. Un segundo mes podría relatar las aventuras de este mismo héroe con cualquier otro animal "temporal" o con otro espíritu divino. La notación podría entonces corresponder a un momento narrativo o simbólico de estas aventuras, etc."

El ritmo esencialmente temporizador de la vida en el paleolítico diseña los contornos de una religión de los grandes cazadores, donde los ritos de embarazo, por ejemplo, se asocian a los "ancestros" animales del clan: el mamut, el reno, el bisonte o el rinoceronte lanudo.

Marshack rebate como infundadas las interpretaciones "sexuales" o psicoanalíticas en las cuales se satisfacen ciertos prehistoriadores. "La magia de la fecundidad –escribe– no es sino una de las formas de participación en la historia y en el mito que relatan el embarazo y el nacimiento (...) La misma vulva femenina es, hasta cierto punto, un símbolo "no-sexual", es decir no copulador y no erótico, sino que representa las historias de procesos que incluyen la vida y la muerte, la menstruación y los ciclos cronofactorizantes vinculados a la naturaleza, como las fases de la Luna".

¿Hasta cuándo se remonta en los tiempos este sistema de notación? Es difícil de saber. Las marcas presentes en el "hueso de Pech-de-Lace", las más antiguas de las descubiertas hasta hoy (en 1968, por el prehistoriador François Bordes), tienen una antigüedad de 230.000 años. Sin duda, una enormidad que abre las puertas al investigador ante perspectivas fantásticas.

La tradición, en todo caso, se mantiene hasta el mesolítico y el primer neolítico, justo hasta el alba de la historia. A propósito de un calendario lunar grabado en la cueva de Urgerlöse (Dinamarca), Marshack comenta: "Este calendario explica la presencia de una tradición cronológica, fundada en la observación, que se extiende por la Europa central y septentrional en una época en la cual las lejanas culturas agrícolas del Sur practicaban una tradición regional diferente. Podría explicar el origen de los calendarios rúnicos descubiertos en el norte de Europa en la era histórica moderna. Es igualmente posible que esta tradición europea no sea extraña a las alineaciones megalíticas extremadamente tardías de Stonehenge".

Un rol revolucionario

Prehistoria y escritura son generalmente aceptados como términos contradictorios. Pero la lingüística y la arqueología nos permiten, hasta cierto punto, franquear los muros que separan los "milenios silenciosos". Marshack habla constantemente de "Las raíces de la ciencia y de la escritura".

Podemos hablar entonces, como señala Henri de Saint-Blanquat, de "una especie de preescritura, una notación prenumérica, en suma de las bases sobre las cuales, milenios más tarde, se edificarán la verdadera escritura y la verdadera numeración". "Esta capacidad de anotar y de simbolizar es propia, por el momento, a las culturas europeas del paleolítico superior (...) Las antiguas culturas europeas tuvieron así un rol relativamente dinámico, formador y revolucionario, con relación a los posteriores desarrollos culturales".

El hombre prehistórico cambia así de aspecto ante nuestros ojos. El homínido bestial y "primitivo", acurrucado miedosamente frente al fuego, emitiendo ruidos guturales, arrastrando a la cueva sus hembras por la cabellera y tallando objetos de sílex con golpes imprecisos, se esfuma para dejar lugar a un hombre "acabado", poseedor de una conciencia teórica y práctica del tiempo, del lugar, de la dirección, de los límites de su territorio, capaz de describir sus experiencias y de expresarlas mediante símbolos. Un hombre, dice Marshack, de "un nivel de evolución y de sofisticación que podríamos denominar protomodernos".

El fenómeno humano aparece, desde sus inicios, ligado al sentimiento de la diferencia en la duración. El "fenómeno humano" se caracteriza por la aparición de una percepción "de dos niveles": el hombre es el animal que tiene conciencia de tener conciencia. La dimensión histórica es la dimensión humana por excelencia.

A la simple noción del hombre fabricante de útiles, difundida sobre todo en los trabajos de Darwin sobre la selección natural y la lucha por la vida, se opone la idea del hombre "cronofactorizante". La arqueología deja de ser así una "manía de coleccionistas" (Glyn Daniel) para devenir una ciencia auxiliar de la etnosociología.

DE BENOIST, Alain, "Las raíces de la civilización" en *La Gaceta de las Verdes Praderas* Nº II, Año I, II Época

**Texto descargado de:
Centro de Estudios Euroasiáticos(CEE)
2007**